

## LA VISION MERCATORIANA DEL MUNDO Y LAS CAMBIANTES RELACIONES DE PODER GLOBAL

Carlos Granados

El jueves 8 de junio de 1989 una curiosa noticia apareció en las páginas del Wall Street Journal. En ella se daba a conocer al público que el *American Congress on Surveying and Mapping* había resientemente denunciado ciertos tipos de mapas que "representaban la tierra como si tuviera bordes rectos y esquinas puntiagudas". El *American Congress on Surveying and Mapping*, en efecto, había emitido una contundente condena a la cartografía que representa cuadrangularmente la esfericidad del planeta. El texto de la declaración decía lo siguiente:

*Considerando que la tierra es redonda, con un sistema de coordenadas compuesto enteramente de círculos, y*

*Considerando que los planisferios son más útiles que los globos terráqueos, pero el aplanar de la superficie del globo necesariamente cambia la apariencia de los rasgos de la tierra y el sistema de coordenadas, y*

*Considerado que los mapas del mundo tienen un efecto poderoso y duradero en las impresiones que las personas se forman de la forma y el tamaño de las tierras y los mares, su disposición y la naturaleza del sistema de coordenadas, y*

*Considerando que, con frecuencia, un mapa altamente distorsionado "parece correcto",*

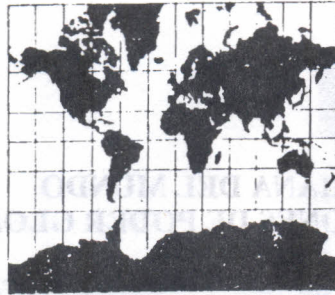
*Por lo tanto, invitamos vehementemente a editores de libros y mapas, a la prensa y a las agencias gubernamentales a dejar de utilizar mapas rectangulares para propósi-*

*tos generales o representaciones artísticas. Estos mapas promueven concepciones erróneas, al distorsionar severamente grandes áreas del mundo, al mostrar la redonda Tierra como si tuviera bordes rectos y esquinas puntiagudas, al representar la mayoría de las distancias y rutas directas incorrectamente y al presentar el sistema de coordenadas circulares como una retícula cuadrada (citado por Robinson: 1990: 101)*

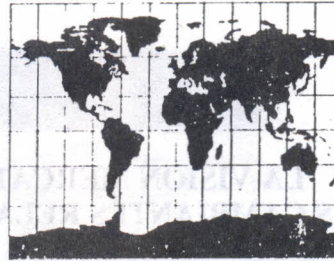
La crítica iba enderezada contra varios clases de proyecciones cartográficas, pero sobre todo contra la proyección cilíndrica de Mercator, sin duda alguna la más popular.

Cualquiera que esté medianamente familiarizado con la historia de la cartografía sabe que el uso de la proyección de Mercator para representar el mundo, fin para el cual la proyección *no fue ideada*, ha sido condenada desde hace muchos decenios. La tesis mercatoriana del globo, por ejemplo, hace ver a Norteamérica más grande que Africa, a Escandinavia con más extensión que la India o a Groenlandia más vasta que Australia. Además, para volver al punto original, representa nuestro esférico planeta como un rectángulo.

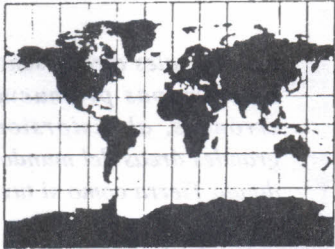
Para corregir esta suerte de alteraciones se han desarrollado otros modos de proyección, de los que se desprende una visión más circular del mundo. Algunas tienen una historia tan larga como la Mollweide, de 1805, o la Eckert, de 1906 (figura 1).



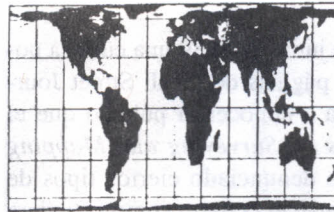
MERCATOR



GALL



MILLER



GALL-PETERS



MOLLWEIDE



ROBINSON



ECKERT



GOODE

Fig. 1

Pero ni estos intentos ni los del presente han tenido el éxito deseado. Aunque el *American Congress on Surveying and Mapping* argumenta que "la Tierra es realmente una esfera y debería ser retratada de un modo que sugiera ese hecho fundamental" y que proyecciones como la de Mercator "son simplemente inaceptables como base para un mapa general del mundo", la versión mercatoriana del globo sigue cautivando la imaginación de cartógrafos y usuarios de mapas.

¿Dónde -vale preguntar- está el secreto de la longevidad de la tesis mercatoriana del cosmos? ¿Por qué, cuatro siglos después del fallecimiento

del ingenioso hereje, el espíritu del hombre-cartógrafo renacentista nos motiva a escribir ensayos en su memoria? ¿Con qué derecho Gerardus Mercator educa a nuestros hijos en la nada inocente empresa de imaginar el mundo?

La última pregunta insinúa parte de la respuesta: respetamos, admiramos y repudiamos a Mercator porque su sombra aún nos toca. Mercator murió en 1594, siendo entonces su obra poco conocida. Pero a partir de esa fecha el mercatorianismo ganó notoriedad, hasta llegar a ser, en el siglo XIX, la representación cartográfica más popular del mundo. La representación mercatoriana del

orbe ha sobrevivido al auge y caída de imperios y ha sido aceptada por igual por poderes dominantes, potencias revisionistas y países de la periferia capitalista. De Londres a París y de Amsterdam a Washington, ha habido coincidencia de criterios: el mundo es como nos lo contó Gerardus Mercator, hace más de cuatro siglos. Y precisamente allí reside la vitalidad de la visión mercatoriana del cosmos, en su capacidad de transformarse en doctrina hegemónica, en haberse convertido en el discurso cartográfico dominante y haber retenido esa condición a lo largo de varios siglos de cambio geopolítico.

Comprenderá el lector que estamos formulando una hipótesis para descifrar la misteriosa durabilidad de la harto criticada imagen mercatoriana del planeta. Lo que afirmamos, y lo que queremos ilustrar a lo largo de este ensayo, es que la persistencia del modo mercatoriano de pensar el mundo, proviene, cuando menos en parte, de su habilidad para adaptarse a las cambiantes condiciones geopolíticas del sistema capitalista mundial. La visión comando del sistema, desde España hasta los Estados Unidos. Y ha sido precisamente por esa curiosa concurrencia de la cartografía y el poder que la perspectiva mercatoriana ha resistido los efectos corrosivos de los siglos.

Examinar en detalle la hipótesis antes enunciada escapa las posibilidades del autor. Es menester aclarar que lo que nos proponemos es ofrecer algún sustento para ella, más que una radical comprobación. Asimismo, es conveniente indicar que no nos proponemos evaluar todos los alcances de la obra de Mercator, sino solamente examinar la tesis del mundo por él establecida y que, con algunas modificaciones posteriores, impera en el presente.

## I. LA NOVEDOSA VISION MERCATORIANA DEL MUNDO

Gerhard Krämer nació en 1512, de padres alemanes. Huérfano a muy temprana edad, debió su desarrollo intelectual a la tutela de su tío-abuelo, quien se aseguró de que el joven tuviera una adecuada educación en la Universidad de Lovaina. Allí, de la mano del afamado Gemma Frisius, aprendió matemática, geografía, geometría y astronomía. Hombre de su tiempo -el Renacimiento- presenció

la reacción laica contra los siglos de dominio religioso del pensamiento europeo y el inicio de la dominación europea del mundo. Cartógrafo de su época, latinizó su nombre a Gerardus Mercator y puso en tela de duda las concepciones cartográficas en boga, particularmente la representación judeo-cristiana. Fue acaso eso lo que le valió su encarcelamiento por hereje, a los treinta y dos años de edad. De la cárcel salió gracias a la oportuna intervención de amigos influyentes. El escarmiento le hizo más cauteloso, pero no fue suficiente para que el joven desistiera de sus propósitos. Después de alejarse de la catoliquísima Lovaina, lugar poco propicio para el cultivo del espíritu renacentista, prosiguió con sus empeños. En 1569, el ingenioso hereje daba a conocer una nueva doctrina del mundo y un nuevo método para traducir la esfericidad de la Tierra a la planicie del papel (al respecto ver Noble: 1981: capítulo 6). Para mejor comprender la envergadura de la innovación mercatoriana es necesario detenerse en las tradiciones cartográficas que le antecedieron.

## II. EL MAPA MUNDIAL DE PTOLOMEO

La idea de la esfericidad de la Tierra, es de suponer, surgió de modo independiente en muchas culturas del orbe. Es a Aristóteles, en todo caso, a quien se acredita el haber proclamado la redondez del planeta por primera vez. En su obra *Meteorología*, el filósofo griego daba cuenta de esta revolucionaria conclusión, a la que había llegado por la vía de la observación meticulosa y la lógica deductiva. La esfericidad terrestre le fue insinuada a Aristóteles de múltiples maneras: por los cambios en el firmamento que acompañaban un desplazamiento de Norte a Sur y viceversa; por la forma en que los barcos desaparecían en el horizonte conforme se alejaban; por la circularidad de la sombra que la Tierra proyectaba sobre la luna durante un eclipse lunar, etc.

Fue sin embargo a Eratóstenes (276-196 A.C.), librero de la prestigiosísima biblioteca de Alejandría, a quien cupo el honor de medir la circunferencia de la Tierra. No viene al caso describir el perspicaz procedimiento utilizado por Eratóstenes. Baste mencionar que, más de dos siglos antes del inicio de nuestra era, el tamaño de la circunferencia terrestre había sido medido con una

asombrosa precisión: 46000 kilómetros estimó Eratóstenes, siendo la extensión real ligeramente superior a los 40000 kilómetros.

Pero el progreso más notable en la representación del mundo conocido, es decir, en el campo de la cartografía, propiamente, se debe al talentoso Claudius Ptolomeo. Si intelectuales tan brillantes como Eratóstenes contribuyeron grandemente en la medición de los rasgos del planeta, Ptolomeo prestó especial atención al indisoluble acertijo de la expresión plana de un mundo que él también sabía esférico.

De Ptolomeo, también bibliotecario de Alejandría en fechas no precisadas del siglo segundo D.C., se conocen dos obras fundamentales, cada una de las cuales está caracterizada por un error de serias implicaciones (Noble: 1981: capítulo 3). Una fue su texto de astronomía, generalmente conocido por su nombre árabe, el *Almagest*. En él Ptolomeo estableció, abandonando suposiciones conocidas en su época, la teoría geocéntrica del universo, según la cual los cuerpos celestes del Sistema Solar giran alrededor de la Tierra. El otro tratado lo constituyó su *Geografía*, que en realidad es un texto de cartografía, y que merece un poco más de nuestra atención.

Renunciando al acertado cálculo de Eratóstenes, Ptolomeo se inclinó a pensar que en reali-

dad la Tierra, la circunferencia terrestre, era sustancialmente menor que la estimada por Eratóstenes. En opinión de Ptolomeo, el mundo conocido de su época cubría, por lo tanto, casi el total del planeta. Se supone que este error fue uno de los alicientes que Colón tuvo, más de mil años después, para intentar llegar a China, Japón y la India, navegando hacia el oeste.

Pero los méritos de Ptolomeo fueron muchos y de gran monta. En primer lugar, Ptolomeo era partidario de la rigurosidad en la representación cartográfica. Censurando las decisiones antojadizas a la hora de elaborar planos, sobre todo la práctica de asignar tamaños y posiciones caprichosas a las masas terrestres y acuáticas, Ptolomeo preconizaba el uso de un sistema de coordenadas, que permitirían eliminar estas arbitrariedades cartográficas. Es a él a quien se debe la descomposición de los 360 grados de la esfera en minutos y segundos, así como el establecimiento del sistema de coordenadas, basadas en la idea de latitud y longitud.

Segundo, Ptolomeo introduce el convencionalismo que ubica el Norte en la parte superior del mapa, tan familiar en nuestros días. Armado con estas concepciones, Ptolomeo construyó su "mapa del globo", que era similar al mostrado en la figura 2.

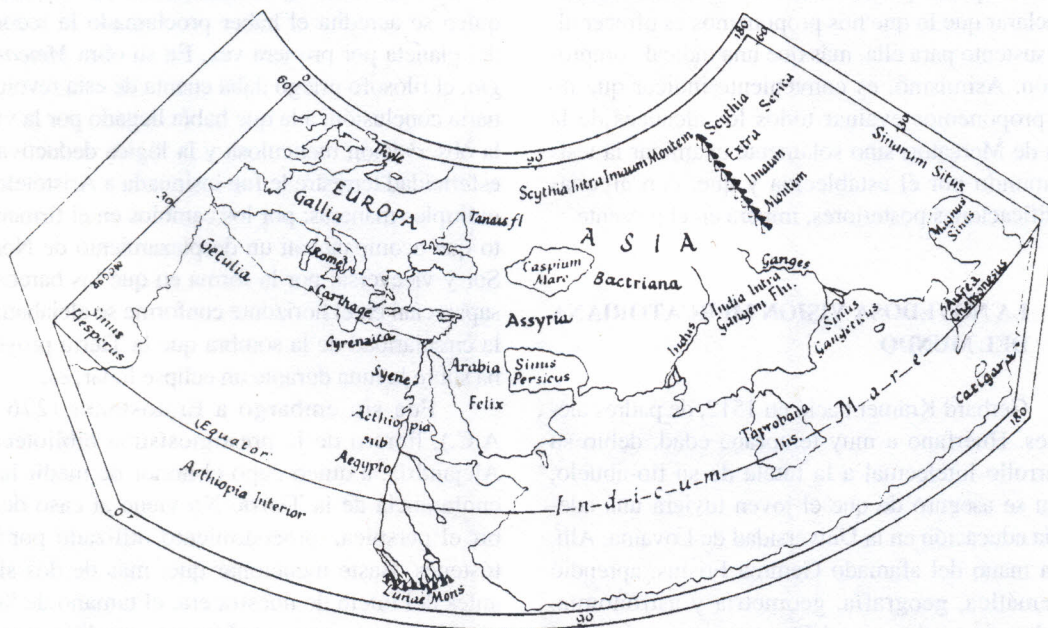


Fig. 2

El mundo Ptolomeico estaba constituido por Europa, Africa y Asia. Europa estaba ubicada en un confín, en el extremo nor-este del mundo; en el punto medio del plano yacían tierras asiáticas. De Africa, sobre todo de su extremo sur y su costa oeste, era poco lo conocido, y así lo dejaba ver el mapa.

A pesar de los varios errores en que Ptolomeo incurrió, su contribución fue extraordinaria, tanto en términos técnicos como en cuanto que visión del mundo. La importancia del uso de proyecciones, el sistema de coordenadas, la partición de los grados en minutos y segundos, la afirmación de los conceptos de latitud y longitud, en fin, en establecimiento de los principios de la cartografía científica, habrían de ser valorados en su justa dimensión más de mil años después. En el interín, las horas cristianas se abalanzaron sobre la biblioteca de Alejandría, sepultando los conocimientos allí depositados, e inaugurando, en lo que a nuestro tema toca, la era de la hermenéutica cartográfica.

### III. LA CARTOGRAFIA MEDIEVAL

Con la incineración de la biblioteca de Alejandría fue reducido a cenizas el espíritu científico de la cartografía. Aristóteles, Eratóstenes y Ptolomeo pasaban al olvido; el sol se ponía en el horizonte científico europeo; la era de la fantasía y el dogma religioso quedaba formalmente inaugurada.

Dos fueron las tradiciones que dominaron la cartografía medieval. La primera reflejaba el paso de la exploración de tierras ignotas a la especulación, sin otro fundamento que calenturientas supersticiones. El temor a lo desconocido se apoderó del imaginario cartográfico. Los mapas mentales daban cuenta entonces de hombres con patas de caballo y orejas tan largas que no requerían de vestimenta alguna, pájaros de luminosas alas, que alumbraban las noches de Alemania, asnos de enormes labios, que sólo podían alimentarse caminando para atrás. Para el continente africano la producción de ilusiones fue todavía más copiosa. Africa fue, simplemente, cuna de todo tipo de monstruos. Decía la leyenda que el corazón de Africa era un inhóspito desierto, con escasos abrevaderos, a los que acudían múltiples variedades de

animales. Producto de esta forzada convivencia sobrevenía el apareamiento de animales de distinta especie, promiscuos hábitos de los que brotaban bestias horripilantes.

Los mares y tierras distintas fueron así poblándose de curiosísimas criaturas, de cuya imaginaria existencia dan cuenta los planos que hoy día conocemos como "antiguos". Ellos son el mejor testimonio de una mentalidad supersticiosa, de un pavoroso temor a lo remoto y del reemplazo del descubrimiento por el mito.

La segunda tendencia cartográfica, de más olida raigambre y más duraderas consecuencias, fue la cartografía eclesiástica. En ella encuentran expresión las creencias religiosas cristianas. En este caso es el dogma religioso el que se impone a la racionalidad clásica. Las Sagradas Escrituras pasan a ser la fuente de todo conocimiento del mundo y la hermenéutica la madre de la cartografía. El mapa conocido como de T en O (figura 3) fue la mejor encarnación de lo que algunos han llegado a llamar la "Topografía cristiana" (Noble: 1981).

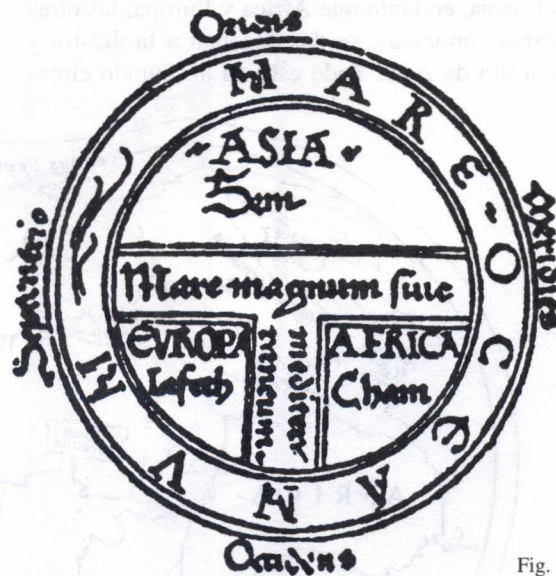


Fig. 3

El mapa T en O, tesis del mundo dominante durante el medioevo europeo, tiene varios elementos constitutivos, todos ellos con su respectivo fundamento teológico. Acaso el más llamativo de ellos sea la ubicación central de Jerusalén en el mapa. Este lugar preferencial le era otorgado a Je-

rusalén, no sólo por su carácter sagrado, sino porque la Biblia daba pistas inequívocas de esta centralidad. En Ezequiel (5, 5) se lee: "Así ha dicho Jehová el Señor: Esta es Jerusalén, la puse en medio de las naciones y las tierras alrededor de ella". La Tierra Santa, por lo tanto, no podía merecer otra posición en el plano que la central.

La cosmografía cristiana ubicaba a Asia en la parte superior del mapa. Este detalle también tiene su justificación bíblica, porque, según el libro de Génesis (2, 8) Dios hizo el Jardín del Edén al Oriente, es decir, al Este. La idea de un Paraíso Terrenal ubicado en el Oriente es dominante en la Topografía Cristiana. Lo oriental expresa todos los valores positivos: es por el Este por donde nace el sol; es en el Este donde está el Paraíso. Había, por tanto, que rendir tributo a lo oriental; había que *orientarse*. Hallar el camino correcto no era encontrar el Norte, como hoy día, sino orientarse. Y, por supuesto, la superioridad del Este tenía su correlato cartográfico. En la cartografía religiosa Asia ocupa la parte superior del mapa, en tanto que Africa y Europa, las otras tierras conocidas, se desplegaban a la diestra y siniestra de Asia. Todo esto en un mundo circ-

lar pero no esférico, porque en la cartografía cristiana el planeta, como si Eratóstenes y Aristóteles no hubieran jamás existido, tenía forma de disco.

Estas y otras extravagancias eran propias de la imaginación cartográfica medieval. Sería largo extenderse en todos sus detalles. Baste por el momento decir que fue una de las más sólidas tradiciones con que Gerardus Mercator hubo de verse caras.

La figura 4 ilustra la última de las herencias cartográficas de las que Gerardus Mercator debió haber tenido conocimiento. Nos referimos a la tradición árabe, que por muchos siglos había tenido un florecimiento extraordinario. Fue en este mundo donde se dieron los primeros pasos en la cartografía científica, sobre todo en Alejandría, Egipto, lugar de convergencia de los espíritus más ilustrados de dos mil años atrás.

El mundo conocido por los árabes era básicamente el ámbito del Mediterráneo. Atendiendo a un claro sentimiento de superioridad, hasta cierto punto justificado por el esplendor cultural de la región *vis a vis* Europa, el flanco africano del Mediterráneo es ubicado en la parte superior del plano. Lo que hoy parecería un mundo al revés era la re-

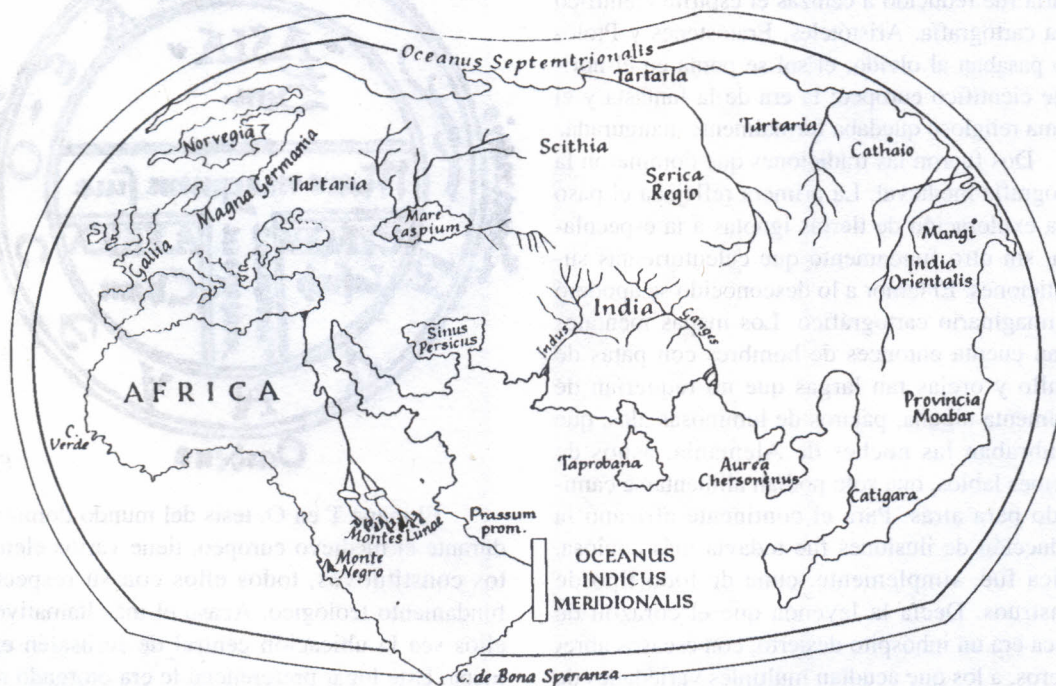


Fig. 4

presentación más lógica del orbe para los árabes de la era medieval.

#### IV. EL SURGIMIENTO Y EL AUGE DE LA VISION MERCATORIANA DEL MUNDO

Gerardus Mercator fue un hombre de su tiempo; tiempo de cientifismo renacentista, de exploración y descubrimiento y de inicio de la gran expansión mundial europea. Su cartografía, su versión espacial del globo, refleja nítidamente las circunstancias de su época. Sí, en general, el Renacimiento trajo consigo una crítica severa al escolasticismo medieval y una propuesta científico-racional, en la cartografía implicó el redescubrimiento

de Ptolomeo y todo el bagaje cultural que la tradición ptolomeica recogía. Mapas como el de Henricus Martellus, del año 1489 (figura 5) ilustran la vigencia de las ideas de Ptolomeo en las vísperas del descubrimiento europeo de América.

De Ptolomeo, Mercator rescata la idea de la rigurosidad en la representación de los fenómenos, expresada en el uso de un sistema de coordenadas. Como la mayoría de las personas educadas de la segunda mitad del siglo XV, Mercator es plenamente consciente de la esfericidad de la Tierra. Asimismo, asumiendo la tesis de Ptolomeo, se inclina por asignar al Norte la parte superior del mapa. Desde este punto de vista, en la visión mercatoriana hay importantes elementos de continuidad. Pero hay también rupturas importantes con las

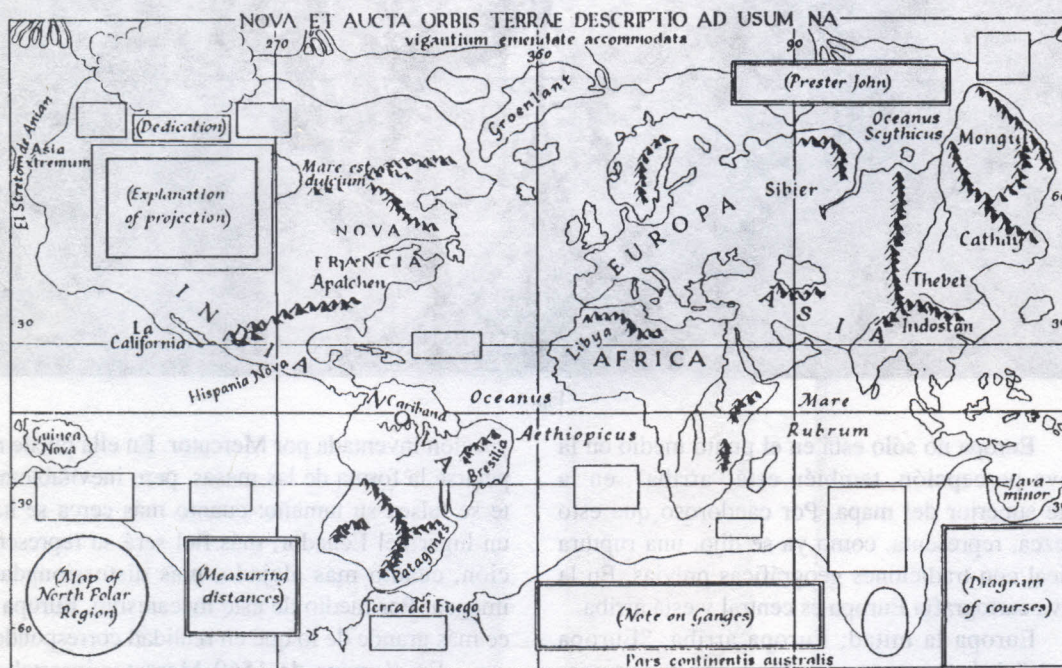


Fig. 5. Mapa de Henricus Martellus (1489)

concepciones cartográficas cristianas y árabes. El Norte sustituye al Este de la parte superior del mapa; Jerusalén es desplazada del núcleo; el Sur es colocado debajo del Norte, es decir, Europa sobre el mundo árabe.

El mapa mundial de Mercator, del cual la figura 6 presenta un esbozo, vio luz en 1569. En él Mercator incorpora los más recientes hallazgos

geográficos, a saber: el continente americano y el perfil sur del continente africano. No es, desde luego, un mapa del mundo, sino la representación en un plano de una visión del mundo. Préstese atención, por ejemplo, a la ausencia de Australia, de la que los europeos no tenían aún noticia. La progresiva dilatación del conocimiento de la superficie del planeta habría de adjuntar nuevos te-

ritorios al mapa y mejoraría la representación de la forma y tamaño de tierras y mares. Pero lo haría en el marco definido por el ingenioso hereje. Llamamos a ese marco *eurocentrismo*.

La naturaleza eurocéntrica de la cartografía mercatoriana es indicada por varios de los rasgos del mapa de 1569. Un primer indicador lo constituye la centralidad que Europa adquiere en el pla-

no. Si bien es cierto Europa no está colocada exactamente en el centro del mapa, es indudable que la incorporación del Nuevo Mundo al planisferio deja a Europa como punto medio y de contacto entre Africa, Asia y América. De simple península de Asia, Europa pasa a tener carácter de eje; deja de ser esquina del mundo conocido para constituirse en área central de un mundo nuevo.



Fig. 6

Europa no sólo está en el punto medio en la nueva percepción, también está “arriba”, en la parte superior del mapa. Por candoroso que esto parezca, representa, como ya se dijo, una ruptura radical con tradiciones geográficas previas. En la nueva cartografía Europa es central y está arriba.

Europa la mitad; Europa arriba. “Europa grande”, habría que agregar. Porque en la cartografía mercatoriana, de entonces y de hoy, las dimensiones de Europa, y del Norte en general, aparecen notablemente exageradas. Escandinavia, por ejemplo, con sus 1.1 millones de kilómetros cuadrados, parece más grande que la India, que en realidad es tres veces más extensa. Lo que hasta hace poco conocimos como la Unión Soviética (22.4 millones de kilómetros) pareciera ser más grande que Africa (30 millones de kilómetros). Y como estas otras memorables tergiversaciones, propias de la pro-

yección inventada por Mercator. En ella puede respetarse la forma de las masas, pero inevitablemente se falsea su tamaño: cuanto más cerca se halle un lugar del Ecuador, más fiel será su representación, cuanto más alejado, más distorsionada su imagen. Por medio de este mecanismo, Europa luce más grande de lo que en realidad corresponde.

En el mapa de 1569 Mercator insertaba el siguiente comentario: “Descripción nueva y mejorada de las Tierras del Mundo, corregida y destinada para el uso de los Navegantes”. Ciertamente, la intención primaria de la proyección creada por Mercator era facilitar la orientación de los navegantes; hacer más sencilla la labor de trazar rumbos en el mapa. Los hombres de mar, empero, hicieron caso omiso a Mercator por más de un siglo (Noble: 1982:75). El subproducto del proyecto mercatoriano, la representación del globo, en



cambio, tuvo una cálida acogida. Esto apesar de las deformaciones en que la proyección desembocaba, de las cuales Mercator tenía plena conciencia. En 1570, Abraham Ortelius, entrañable amigo de Mercator, publicó el primer atlas mundial de que se tiene noticia. Más que su propia elaboración, el atlas era un compendio de mapas realizados por diferentes cartógrafos. La obra incluyó, por supuesto, el mapa mundial de Mercator. El *Theatrum Orbis Terrarum* de Ortelius fue un éxito inmediato, al punto que fue necesario imprimir una segunda impresión en un plazo de tres meses. Numerosas ediciones se sucedieron, en lenguas variadas. Fue así como se popularizó la naciente versión mercatoriana del mundo.

## V. MERCATOR EN EL SIGLO BRITÁNICO DE LA HISTORIA

Muchas de las razones que explican la popularización de la proyección cilíndrica de Mercator dan cuenta también de su perdurabilidad, cuando menos hasta fines del siglo pasado. Dicho de modo resumido, el eurocentrismo mercatoriano complementaba perfectamente la evolución geopolítica del sistema capitalista. Holanda, primero, y Francia e Inglaterra, después, potencias sucesoras de España y Portugal en el liderazgo del sistema, hicieron suya la visión mercatoriana del orbe. Hasta fines del siglo XIX, el mundo estuvo inobjetablemente dominado por estados europeos, a los que les venía muy bien el eurocentrismo de Mercator. La relevancia de las transformaciones que el mercatorianismo vino a registrar fue captada mejor que nadie por el británico Halford Mackinder, cuyo nombre sigue ocupando un lugar cimerio en la historia del pensamiento geopolítico universal. En 1902, Mackinder decía:

*Antes de los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI, las tierras conocidas yacían casi completamente en el Hemisferio Norte y se extendían desde las costas de España hasta Cathay. Inglaterra estaba entonces en el fin del mundo, casi fuera del mundo... Durante dos mil años Inglaterra estaba en el margen, no en el centro, del teatro político, y*

*para propósitos prácticos su posición era certeramente mostrada en los mapas de los geógrafos griegos y las cartas fantásticas de los monjes medievales.*

*El significado histórico de los descubrimientos colombinos puede ser aquilatado rotando el globo terrestre, de modo que Inglaterra pueda estar en el punto más cercano al centro... Así, Inglaterra gradualmente se convirtió en la tierra central, antes que en la marginal, del mundo (Mackinder: 1969: 1-4).*

Durante el siglo XIX, el siglo británico de la historia, las cosas fueron llevadas un poco más lejos de lo concebido por Mercator, cuando, en 1884, un acuerdo internacional determinó que el meridiano cero tendría como referencia el observatorio de Greenwich, Inglaterra. Este nuevo convencionalismo otorgó, no ya a Europa, sino a Inglaterra, una posición de privilegio en el mapa del mundo. Antes de esta fecha existían unos 14 meridianos cero, que cada una de las potencias contendientes hacían pasar por sus capitales o ciudades importantes. Hasta 1884, la localización del meridiano cero era asunto de orgullo nacional. Ptolomeo había pensado, con toda razón, que el meridiano cero debía ubicarse en un extremo del plano, que correspondía, por así decirlo, a un extremo del mundo. Su decisión fue colocarlo al oeste de Europa, en el Atlántico. Pero después del siglo XV, con el advenimiento del sistema mundial, este asunto pasó a ser materia de disputa. Las Islas Canarias, París, Toledo, Madrid, Nápoles y Roma, entre otros lugares, fueron albergue del codiciado meridiano cero. Al final, hasta nuestros días, las criterios fueron unificados en la sede de Greenwich. De esto, por supuesto, no habría que sorprenderse. Para el cierre del siglo pasado Inglaterra, aunque dando visos de una marcada decadencia, era la potencia económica y naval del globo. Y, si la cartografía de la época respondía, ante todo, a las necesidades de la navegación, justo era que a Inglaterra correspondiera la función de punto de referencia. Así las cosas, la representación mercatoriana del planeta adquirió la forma que hoy le conocemos.

Dicho lo anterior, es fácil comprender porqué no han prosperado otras proyecciones, otras representaciones mundiales en mapas. En 1570

Jean Cossin concibió su proyección pseudocilíndrica. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, Rigobert Bonne ofrecía un peculiar sistema de representación, de indudable raigambre ptolomeica. En 1805 apareció la proyección Mollweide, así llamada en honor a su creador, Karl Mollweide. Ochenta años más tarde James Gall diseñaba su propia proyección, progenitora de la hoy día tan célebre proyección Peters.

Todas estas proyecciones tienen un atributo en común: son proyecciones equi-área, que corrigen la peor de las tergiversaciones creadas por el sistema de Mercator. En ellas las superficies terrestres y marinas son exhibidas en sus correctas dimensiones. Todas tienen en común también la indiferencia con que han sido recibidas por los expertos. De hecho, desde Mercator y hasta hoy día, sólo

otra proyección ha logrado abrirse campo. Nos referimos a la proyección Lambert, que precisamente comparte con Mercator la deformación de las áreas y los demás atributos de su doctrina del mundo.

## VI. MERCATOR EN EL SIGLO XX

El éxito del mercatorianismo es en buena medida explicado por su habilidad para adaptarse a las cambiantes condiciones geopolíticas del sistema mundial capitalista. De ser éste el caso, deberíamos explicar porqué el mercatorianismo, con su hondo eurocentrismo, pudo sobrevivir en un mundo en el que Inglaterra ya no era señora de Europa y Europa ya no gobernaba sola el mundo.

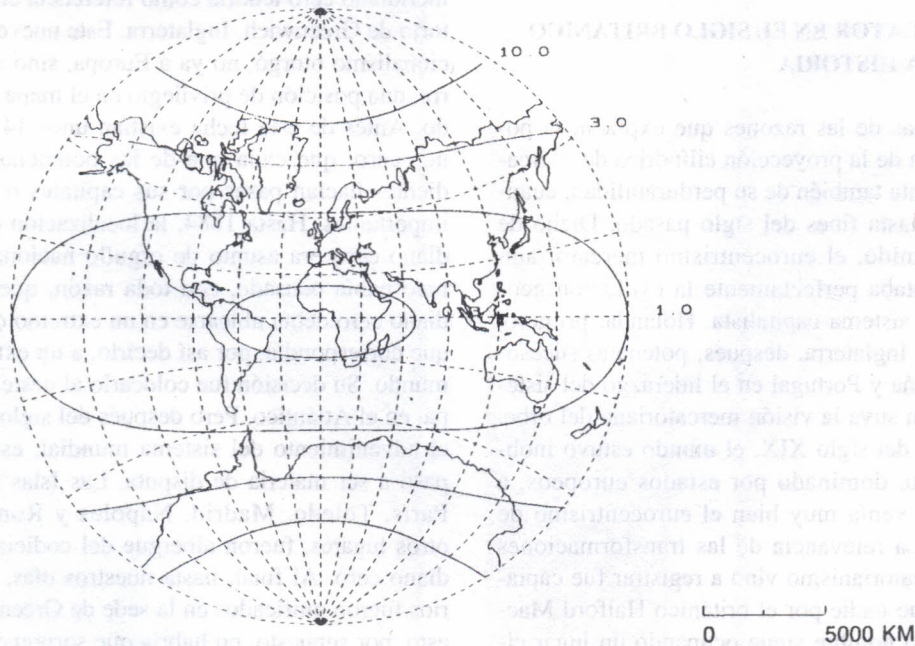


Fig. 7

Si un nombre cabe darle al siglo XX, es el de siglo estadounidense de la historia. Desde el punto de vista geopolítico, la centuria ha presenciado el traspaso de poder a través del Atlántico, de Inglaterra a los Estados Unidos. En la representación mercatoriana, sin embargo, Europa, e Inglaterra en particular, continúa dominando el paisaje. ¿Porqué los Estados Unidos, durante el siglo diecinueve y en su fase hegemónica, hizo las paces con una imagen del

mundo en la cual su postura no es privilegiada? Puede uno remitirse al dato más elemental: en 1884 se acordó que el meridiano cero residiera en Inglaterra, y este tipo de convencionalismo, una vez establecido, es muy difícil de modificar. El argumento es válido, pero en nuestra opinión insuficiente para explicar el fondo del asunto. Hay al menos cinco argumentos adicionales a los que puede recurrirse en busca de más fundamentación.

En primer lugar, está el principio del *aislacionismo*, la política de separación respecto a los países europeos, que los Estados Unidos practicaron durante todo el siglo XIX. Este concepto alcanzó su forma más acabada con la llamada Doctrina Monroe, de 1823, según la cual ni los europeos deberían intervenir en América, ni los estadounidenses inmiscuirse en los asuntos europeos. La doctrina Monroe, a su vez, reposa en la idea de la existencia de dos mundos separados, uno europeo y otro americano. Así lo había hecho constar el presidente Jefferson, en 1813. Jefferson decía, a propósito de los movimientos independentistas hispanoamericanos:

*Pero, en cualquier forma de gobierno que ellos terminen, serán gobiernos Americanos, ajenos a los interminables antagonismos de Europa. Las naciones europeas son una división separada del globo; sus localidades las hacen parte de un sistema distinto; tienen un conjunto propio de intereses, en el cual es de nuestro interés no involucrarlos. América tiene un continente para sí misma. Debe tener su sistema separado de intereses, que no deben subordinarse a los de Europa...* (En Pratt: 1958: 168).

El concepto de la separación, de la vigencia de dos sistemas completamente diferentes en Europa y América, constituyó un precepto cardinal de la política exterior de los Estados Unidos, desde la independencia de las Trece Colonias hasta la Segunda Guerra Mundial. Ha sido el cimiento del "excepcionalismo americano", como lo ha denominado Agnew (1983). Afirma que la misión de los "americanos era crear una nación donde ésta no existía, por medio de un movimiento de expansión en tierras despobladas. Así, los "americanos" eran parte de una cruzada que traía civilización y libertad a una tierra salvaje. Consta en este imaginario que los "americanos" son un pueblo nuevo, que se hizo en el Nuevo Mundo, como resultado de la primera guerra de liberación y del primer golpe rotundo al *ancien régime* (Robertson: 1980).

La idea de la separación de Europa y los Estados Unidos, como puede apreciarse en la figura 6, aparece bien establecido en la visión mercatoriana. De hecho, en la parte derecha del mapa fi-

gura el Viejo Mundo, sobre el que los Estados Unidos manifestaban intereses hegemónicos a principios del siglo XIX, figura aparte, en la sección izquierda de la carta. Esto, por supuesto, coincidía con el pensamiento geopolítico estadounidense del siglo diecinueve.

En segundo lugar, las distorsiones areales en que la proyección Mercator incurre, también favorecen a los Estados Unidos, y a la Norteamérica anglosajona, en general. Así, por ejemplo, los Estados Unidos y Canadá, que en conjunto miden 19 millones de kilómetros cuadrados, lucen considerablemente más grandes que África, con sus 30 millones de kilómetros. La tendencia en el mercatorianismo es la de agrandar al Norte, y esta posición la comparte Estados Unidos con Europa.

En tercer lugar, y esta es una razón de particular peso en el siglo pasado, el Pacífico aparece en el mapa como el área natural de expansión de los Estados Unidos. Esto, por supuesto, concordó con lo acontecido el siglo anterior, en que los Estados Unidos se transformaron en una potencia americana y del Pacífico, aunque no todavía mundial.

En cuarto lugar, y saltando a los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, período en que los Estados Unidos se convierten en los líderes de "Occidente", la imagen del mundo que nos ocupa expresa bien la separación, la distancia existente entre los Estados Unidos y la URSS. La tesis mercatoriana se ajustaba bien a las necesidades ideológicas de la Guerra Fría.

Por último, es de notar que el mercatorianismo toma partido sin rodeos en la otra contradicción de la posguerra, la contradicción Norte-Sur. Y lo hace a favor del Norte, al inflar sus dimensiones.

## VII. EL MERCATORIANISMO Y EL ORDEN VENIDERO

¿Qué habrá de depararle el futuro al mercatorianismo? Comencemos por decir que, en cuanto que sistema de proyección, en cuanto que herramienta para la navegación y para la ubicación de puntos de la Tierra, la obra de Mercator tiene un futuro asegurado. Baste decir que el reciente desarrollo de los satélites está muy enraizado en la

proyección Mercator. ¿Pero qué podemos decir del mercatorianismo en el sentido que lo hemos perfilado a lo largo de este ensayo, como visión del mundo, como discurso?

Una cosa es clara: el siglo venidero será sustancialmente distinto al presente. El orden geopolítico de la Guerra Fría ha expirado. De lo que no hay aún certeza es de la fisonomía del orden próximo; sus contornos apenas empiezan a dibujarse. Lo que sí parece un hecho es que asistimos al parto de un nuevo orden en el que uno de sus líderes, o quizás *el* líder, no será una potencia occidental. Aludimos al Japón, que nada podría obtener de una doctrina eurocéntrica del mundo. En el mercatorianismo tradicional, Japón es acomodado en una remota orilla del planeta, más o menos como Inglaterra en la cartografía de Ptolomeo. ¿Qué diría de esto Sir Halford Mackinder? Los japoneses, por lo pronto, ya tienen su respuesta.

Japón al meollo de la escena; Estados Unidos a un lado. El Pacífico es el mar de mares, no el Atlántico, y los países de la cuenca del Pacífico dominan la escena. Inglaterra -resurrección de Ptolomeo- al escondrijo de hace siglos. El meridiano cero sigue estando en Greenwich, pero ¿quién dijo que debía estar en el medio de la carta? Este es el mapa con que se educan las generaciones de jóvenes japoneses. Esta es *su* visión del mundo. Una visión no mercatoriana...elaborada gracias a la proyección Mercator. Es la Mercator proyectado desde Tokio. Se trata de la misma herramienta en manos de otros líderes. Todo parece indicar que la versatilidad de Mercator es tal, que su proyección está a punto de crear un nuevo mercatorianismo, esta vez de corte oriental.

## CONCLUSIONES

El hecho de que la más prestigiosa institución cartográfica de los Estados Unidos, el *American Congress on Surveying and Mapping*, considere sencillamente inaceptable la visión mercatoriana, parece no hacer mella en el mercatorianismo. No es la primera vez, y ciertamente no será la última, que se escuchen censuras de esta magnitud. El mercatorianismo representa nuestro esférico planeta como un cuadrado plano, hace grandes a los chicos y pequeños a los vastos, concede a

unos posiciones descollantes en tanto que condena a otros al exilio de las esquinas.

Hoy, a pesar de adelantos técnicos que posibilitan formar una imagen más certera de la forma y dimensiones de nuestro hogar, la Tierra, el problema cartográfico de siempre sigue planteado: ¿cómo traducir la esfera a un plano? El proceso induce a imperfecciones, ora en la forma, ora en el tamaño, ora en ambos. Hace justicia a unos e injusticia a otros e implica, por lo tanto, relaciones de poder. El mercatorianismo, del cual el ingenioso hereje es sólo parcialmente responsable, ha sido un gran aliado de los principales polos de poder mundial y tiene vitalidad como para seguirlo siendo en el siglo que ya casi inauguramos. Respuestas técnicas al mercatorianismo existen ya, pero también existían hace un siglo. Lo que falta es la fuerza política que lleve al cambio. Mientras tanto, seguiremos recordando, condenando y admirando la obra del ingenioso hereje, que murió hace cuatro siglos.

## NOTAS

1. Mackinder se refiere a representaciones como la de Ptolomeo y a los mapas de T en O, antes mencionados.

## BIBLIOGRAFIA

- Agnew, J. "An excess of "National exceptionalism": towards a new political geography of American foreign policy". En: *Political Geography Quarterly* 2 (2), 1983 pp. 151-166.
- Mackinder, H. *The Regions of the World*. Westport, Connecticut: Greenwood Press, Publishers, 1969.
- Noble, J. *The map makers The story of the great pioneers in Cartography, from antiquity to the space age*. Nueva York: Vintage Books, 1981.
- Pratt, J. *A History of the United States Foreign Policy*. Englewoods Cliffs, N. J. Printice Hall, Inc. 1958.
- Robertson, J. *American Myth. American Reality*. New York: Hill and Wang, .
- Robinson, A. "Rectangular world maps-no 2". En: *Professional Geographer*, 42 (1) 1990 pgs. 101-104.